

Estudiar literatura medieval en la Argentina en el actual contexto científico.

Gloria Chicote
Instituto de Investigaciones en
Humanidades y Ciencias Sociales
IdIHCS (Conicet- UNLP)

En la actualidad es ineludible realizar una reflexión sobre la evaluación de nuestras disciplinas sin contextualizarla en el difícil momento que está atravesando el sistema científico en su conjunto y sin detenernos en el restringido y vituperado espacio de las humanidades.

Ya se torna totalmente evidente que estamos transitando un rápido avance de las políticas neoliberales que tienen la finalidad de vaciar las instituciones estatales y los ámbitos públicos en su conjunto, a través de acciones concretas de recortes presupuestarios, ventas y concesiones indiscriminadas de recursos naturales a empresas nacionales e internacionales. Pero en torno a la concreción de estos objetivos se desarrollaron distintos instrumentos, en principio discursivos pero también a través de acciones concretas, que se impusieron desde distintos espacios institucionales y a través de los medios de comunicación. Estos instrumentos son múltiples y diversos. No voy a detenerme en un análisis exhaustivo de esta contradicción entre el decir y el hacer, pero creo que esa es una de las razones de esta inestabilidad cotidiana que nos hace transitar día a día un universo movedizo.

De esta estrategia no se escapa el sistema científico. La política científica ha tenido en los últimos años una orientación regresiva que nos enfrenta hoy a una crisis que pretende ser una re-significación. Considero que el núcleo de ese supuesto cambio de paradigma es el planteo de una falsa dicotomía entre investigación básica y aplicada, asociado al auge de un giro tecnológico entendido únicamente como la alianza de la investigación con el mercado para obtener productos rápidamente comercializables. ¿Estamos realmente frente a una propuesta de cambio epistemológico en el

sistema científico? ¿O asistimos simplemente a travestidos intentos de justificaciones para llevar a cabo recortes presupuestarios para el sector?

En este supuesto “nuevo modelo” que nos transmiten día a día los representantes políticos, los sospechosos ejércitos de *trolls* que actúan en las redes sociales, las instituciones ministeriales y también las agencias científicas, la investigación se piensa como destinada a solucionar los problemas inmediatos y a generar ganancias y dividendos, en particular para el sector privado. En igual medida, a las ya artificiales dicotomías que históricamente han sido utilizadas para descalificar nuestro quehacer –tales como ciencia occidental / ciencia periférica, física aria / física judía, ciencias duras / ciencias blandas-, se instala la antinomia ciencia útil / ciencia inútil, según la cual se extiende la idea de que algunas investigaciones merecen ser sostenidas por el Estado y promovidas en las universidades porque ofrecen productos concretos que responden a líneas estratégicas, mientras que otras, en cambio, adolecen de una finalidad práctica e inmediatamente aplicable, por lo tanto no tiene sentido que se les asignen recursos, que se “gaste” en su desarrollo. Obviamente desde esta perspectiva tienen poco lugar las ciencias básicas en su conjunto y las ciencias sociales específicamente, excepto cuando estas últimas son llamadas a solucionar un problema del aquí y del ahora, problemas tan complejos como la pobreza, la inseguridad, la desigualdad social, que el estado, las instituciones y la política no pueden o no saben solucionar.

En este contexto, ya lo sabemos perfectamente, las más estigmatizadas son las ciencias sociales y más aún las llamadas disciplinas clásicas de las humanidades, como la historia, la literatura, la filosofía, ya que este supuesto nuevo paradigma, conlleva una desvalorización del conjunto de tradiciones intelectuales de nuestras disciplinas. Se desacredita todo lo referido al desarrollo de un pensamiento abstracto, como pueden ser las diferentes perspectivas teóricas; se menosprecia la construcción de un pensamiento crítico que habilita la intervención en la problemática social y en el diseño de políticas públicas, con una reflexión profunda y no con una receta de solución inmediata; se desestima la importancia de las investigaciones de carácter diacrónico en las que se indaga en los lazos culturales que son el sustento de nuestros diálogos.

Con respecto a los estudios medievales, todos recordamos la estigmatización de la que fue objeto la disciplina a comienzos del año 2017, cuando el por entonces Ministro de Ciencia y Tecnología, Dr. Lino Barañao, manifestó públicamente que el Conicet no puede invertir dinero para que se estudie la Edad Media, y que, en todo caso, estos temas menores pueden quedar a cargo de las Universidades. Quizás también algunos recuerden el lúcido artículo que nuestro colega, el historiador Dr. Carlos Astarita publicó como respuesta el 28 de febrero de 2017 en el diario *Página 12* (<https://www.pagina12.com.ar/22812-el-ministro-baranao-y-la-historia-medieval>), en el que destacaba el rol disparador de la cultura medieval en relación con prácticas culturales que llegan al presente.

¿Por qué estudiar hoy en Argentina la Edad Media? Como algunas de las razones posibles, pensemos por ejemplo que en el feudalismo se originaron el modo de producción capitalista, el régimen político moderno, la sociedad civil, el sistema parlamentario, las comunas, las luchas sociales, la familia, la religiosidad moderna, la Iglesia, el préstamo, los bancos, las discriminaciones de las minorías, la problemática de género, las primeras configuraciones nacionales y el colonialismo.

Prácticamente todas las determinaciones cardinales del mundo moderno derivan de la Edad Media. Entre los principales aportes se encuentra el desarrollo de la institución universitaria, seno de las condiciones de posibilidad del racionalismo y en el núcleo de las universidades se encuentran los estudios humanísticos, los cuales, según Terry Eagleton, constituyeron las condiciones de creación de las mismas y, por lo tanto, la desaparición de unos conllevaría a la desaparición de las otras.

Desde los comienzos Universidad y Humanidades son la cuna del pensamiento crítico al orden establecido. Recordemos los debates en la jerarquía eclesiástica sobre la difusión del aristotelismo y la prohibición efectuada en 1270 por el obispo de París, Étienne de Tempier, de enseñar las tesis aristotélicas. Inmediatamente después los universitarios defendieron su autonomía, apelaron a la huelga y lograron que el aristotelismo se impusiera en los medios letrados.

Si las universidades no conservan su espíritu de reflexión crítica y de resistencia al orden establecido, se convierten en meros ámbitos de reproducción del saber convencional; si se fraccionan en facultades profesionalistas o tecnológicas, dejan de cumplir su objetivo esencial y se transforman en algo muy distinto de su *ethos* fundacional. En este sentido, las Humanidades que parten del estudio de las culturas clásica y medieval no deben ser concebidas como adornos superfluos de las universidades sino como parte central de sus *curricula*.

Para volver al aquí y al ahora recuerdo que quienes estudiamos durante la dictadura militar en nuestro país fuimos víctimas de una sustancial reducción del canon teórico y crítico que repusimos en los años posteriores. Fue la profesora de Literatura española del Siglo de Oro de la Universidad de Buenos Aires, Celina Sabor de Cortazar, quien nos introdujo en la obra de Mijail Bajtin a quien desconocíamos totalmente. Fue la filóloga Ana María Barrenechea, sin lugar a dudas hispanista modélica que atravesó todas las fronteras disciplinarias e impuso una mirada desde el sur a los estudios de lengua, filología y literatura, quien invitó a los primeros seminarios sobre Bajtin y nos mostró los estudios del estructuralismo y la narratología, como las obras de Roland Barthes y Svetan Todorov que unos años antes habían sido traducidas por primera vez al español en Buenos Aires por otra medievalista, nuestra querida colega María Silvia Delpy.

Este camino retrospectivo nos lleva a un hilo conductor de los estudios hispánicos en la Argentina en los que el Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires tuvo un lugar señero. A partir de su creación, y hasta la actualidad, fue el instituto de Filología sede de los estudios más rigurosos sobre filología y crítica textual, nunca entendidos de forma separada, como compartimentos estancos de textos medievales, textos renacentistas, textos barrocos o textos modernos. Tampoco se trazó una línea divisoria entre enfoques lingüísticos y literarios o entre literatura española, literatura hispanoamericana y literatura argentina. El mismo Ricardo Rojas, su creador, da cuenta en los documentos germinales de este instituto de este objetivo rector, y, María Rosa Lida o Ana María Barrenechea fueron algunas de investigadoras más destacadas en esta línea de convergencia.

Para concluir, voy a hacer mención a algunas prácticas presentes de quienes seguimos apostando por el desarrollo de los estudios medievales. En mayo de 2018, dictamos junto con mi colega y amigo Leonardo Funes, un seminario de Doctorado, que se tituló “Temas y problemas de la investigación literaria de la Edad Media y de la Modernidad Temprana”. El seminario tuvo carácter interinstitucional (Universidad de Buenos Aires y Universidad Nacional de La Plata) e internacional, ya que fueron invitados muy destacados especialistas a que ofrecieron distintos enfoques del estado actual de los estudios medievales. Además de Leonardo Funes y yo misma como coordinadores, participaron Juan-Carlos Conde (Magdalen College, Oxford), Emily Francomano (Georgetown University), Laurette Godinas (Universidad Nacional Autónoma de México), José Manuel Lucía Megías (Universidad Complutense, Madrid), Barry Taylor (British Library, Reino Unido) y Aengus Ward (University of Birmingham). Pero quizás el aspecto más interesante del seminario fue la participación de alrededor de 25 estudiantes procedentes de distintas universidades argentinas y chilenas.

El seminario ofreció un panorama amplio y diversificado del tipo de problemas que hoy más interesan en los estudios relacionados con textos literarios de la Edad Media y de la Modernidad Temprana. La denominación “temas y problemas” consistió, en cierto modo, un homenaje a la iniciativa de Francisco Rico cuando, en otro momento de renovación de los estudios literarios en la década de 1980, llevó adelante la novedosa iniciativa de su *Historia y crítica de la literatura española*. Como en ese caso, también en ese momento se intentó ofrecer un panorama sobre la orientación de los estudios que sirviera de plataforma para nuevos desarrollos, con el objetivo de que nuestros estudiantes encuentren aquí un marco y una orientación para avanzar en sus temas específicos de investigación doctoral. Tal como acabamos de enunciar, en el actual contexto de discusión en torno de las ciencias sociales y humanas en el sistema científico, los estudios literarios sobre textualidades no contemporáneas se encuentran sometidos a un mayor escrutinio y puestos en tela de juicio en cuanto a su relevancia y a su conexión con problemáticas del presente que aparecen como más acuciantes e interpelantes para los estudiosos de las humanidades. Sin embargo, lo

desarrollado por los profesores dictantes del seminario y la activa participación de los estudiantes desde sus propuestas específicas, pusieron de manifiesto que, por ejemplo, la investigación sobre la Edad Media mucho tiene que decir desde la perspectiva culturalista y el enfoque en los aspectos materiales y tecnológicos de los textos que han transformado el panorama de los estudios literarios actuales, poniendo en evidencia su conexión con las herramientas informáticas más desarrolladas y con áreas de indagación en plena vigencia y expansión (como los estudios de género, por ejemplo), a lo que se une el novedoso aprovechamiento de disciplinas auxiliares, habitualmente relacionadas con la actividad filológica más tradicional, pero que hoy abren una nueva dimensión “material” para la investigación literaria (nos referimos a disciplinas como la Bibliografía material, la Historia del Libro y de la Lectura, la Ecdótica, etc.) y las Humanidades digitales.

Todos estos aspectos nos están esperando para establecer conexiones entre el pasado y el presente, para indagar los archivos de este y del otro lado del océano, para elevar nuestra voz desde el sur, para entender las múltiples geografías del hispanismo como las geopolíticas del hispanismo, a partir nuestro método más exhaustivo de trabajo intelectual: el simple proceso de poner en relación textos y problemáticas específicas de los siglos XIV a XVI, y proyectarlos a desarrollos y derivaciones de nuestro tiempo.